

Antonio Muñoz Molina

CARLOTA
FAINBERG



Dos hombres que solo tienen en común la nacionalidad española y que no volverán a verse nunca, mantienen un encuentro fortuito en una sala del aeropuerto de Pittsburg. Uno de ellos es Claudio, un profesor de literatura que va a Buenos Aires a dar una conferencia. Marcelo Abengo, el otro, extrovertido ejecutivo de empresa que espera su vuelo a Miami, cuenta una historia secreta que vivió en un hotel bonaerense.

Luego los viajeros se separan, y pronto Claudio descubrirá en el mismo hotel en que estuvo Marcelo la tenue frontera donde pueden coexistir amor y muerte.

*Para Bill Sherzer, en recuerdo de Buenos Aires
y de Nueva York, y de nuestras conversaciones
sobre Carlota Fainberg.*

Blind Pew

*s del mar y de la hermosa guerra,
así el amor lo que ha perdido alaba,
icanero ciego fatigaba
errosos caminos de Inglaterra.*

*ado por los perros de las granjas,
de los muchachos del poblado,
nía un achacoso y agrietado
ío en el negro polvo de las zanjas.*

*a que en remotas playas de oro
uyo un recóndito tesoro
to aliviaba su contraria suerte;*

*ambién, en otras playas de oro,
guarda incorruptible tu tesoro:
asta y vaga y necesaria muerte.*

JORGE LUIS BORGES, *El hacedor*

Nota del autor

La historia de *Carlota Fainberg* la inventé en el verano de 1994, cuando Juan Cruz me sugirió que escribiese para *El País* un relato por entregas, con la única condición argumental de que tuviera algo que ver con *La isla del tesoro*, ya que ese año se celebraba el centenario de la publicación de esa hermosa novela. Los caminos de la ficción siempre son sinuosos: en el relato que escribí entonces intervenía el recuerdo de un par de visitas a Buenos Aires, de un semestre como profesor invitado en la Universidad de Virginia, de un viaje en coche a través del Estado de Pensilvania, de un soneto de Borges sobre un personaje de la novela de Stevenson, el ciego Pew que nos dio tanto miedo la primera vez que la leímos. Fainberg es el apellido de una querida amiga porteña, Mónica Fainberg, que era jefa de prensa de Seix Barral cuando yo publiqué allí mis primeras novelas, y que fue una guía tan afectuosa y experta de mis primeros pasos por ese mundo no siempre fácil de transitar para un recién llegado.

Inventar una historia es también intuir su longitud y su forma. Nada más terminar *Carlota Fainberg* me di cuenta de que los límites del relato a los que me habla ceñido eran demasiado estrechos para todo lo que hubiera querido contar, para el flujo de palabras e imágenes que los personajes y los lugares por donde transitan despertaban en mí. Pero escribir no es sólo ponerse delante de un papel o de un ordenador, es también esperar, dejar que las cosas vayan sedimentándose en la imaginación, y también en el olvido, esperar a que llegue el momento preciso para resca-

tarlas. Yo no suelo tardar mucho en escribir una historia, pero cada vez tardo más en ponerme a escribirla: entre el momento en que se me ocurre una idea para un relato y el de su escritura pueden pasar muchos años, y ese largo tiempo de inacción me parece tan decisivo como el del trabajo real.

Me hicieron falta cinco años para volver a la historia de *Carlota Fainberg*, que permanecía en suspenso, pero no olvidada, y sin advertirlo yo crecía con otros viajes, otras experiencias, otras conversaciones y lecturas. Empecé por fin a reescribirla en la primavera de este año, y, para mi sorpresa, muy pronto se impuso sobre mí como una invención nueva, que crecía siguiendo las líneas esbozadas en el relato primitivo. La melodía sigue siendo la misma, pero el tiempo, en el sentido musical, creo que se ha hecho más largo, con ondulaciones y resonancias nuevas. El resultado no es un cuento largo, como yo imaginaba, sino una novela corta, y uso ese término sabiendo perfectamente a qué me arriesgo. Muchas novelas que se publican ahora son, técnicamente, novelas cortas, pero sus autores y sus editores procuran no decirlo, sabiendo que aquí lo breve se califica de menor y se considera secundario. Si alguien dice abiertamente que ha escrito una novela corta enseguida se sospechará que no ha tenido capacidad o talento para escribir una novela larga. Pero la novela corta es tal vez la modalidad narrativa en la que mejor resplandece la maestría. Quien lee *Otra vuelta de tuerca*, *La invención de Morel*, *La muerte en Venecia*, *Los adioses*, *El doctor Jekyll y Mr. Hyde*, encuentra a la vez la intensidad y la unidad de tiempo de lectura del cuento y la amplitud interior de la novela. La razón principal para escribir un libro es la misma que para leerlo: que a uno le guste mucho estar haciendo lo que hace. Lector inveterado de novelas cortas, yo he disfrutado tanto inventando y escribiendo esta *Carlota Fainberg* que me ha dado algo de pena que se acabara tan pronto.

A.M.M.

I

—Yo ya no creo que vuelva nunca a Buenos Aires.

El hombre sentado junto a mí dijo estas palabras con menos tristeza que melodramatismo y se quedó callado unos instantes, bebiendo pensativamente de su Diet Pepsi. Se notaba que las había pensado muchas veces, que se las había dicho a sí mismo en voz alta, como cuando uno ha recibido una injuria o un mal modo y luego se desvela repitiendo y perfeccionando la respuesta que no supo o no tuvo valor para decir a tiempo. Frente a nosotros, al otro lado del muro de cristal, la nieve caía tan espesa que no era posible ver nada, y la luz declinante de las dos de la tarde era tan neutra y tan ajena a la hora del día como la de los tubos fluorescentes que iluminaban las grandes bóvedas del aeropuerto de Pittsburgh.

—Se lo prometí a Mariluz, claro está, cuando los dos nos sinceramos y no tuve más remedio que contárselo todo —no me miraba ahora, tenía los ojos fijos en los torbellinos silenciosos de nieve, y quizás en ese gesto también había una parte de ligera impostura, de representación—. Pero tú me comprendes, Claudio, el verdadero motivo no es éste. Mi mujer no es tonta, ella sabe que las ocasiones no paran de presentarse, y que un hombre, por muy buena voluntad que tenga, es difícil, si es hombre, que pueda controlarse siempre. Es que no quiero estropearme el recuerdo, ¿me explico? La magia de aquellos días.

Llevaba varias horas con él y acababa de darme cuenta de que no sabía su nombre. Me lo había dicho, incluso se había apresurado a darme su tarjeta, antes de que nos sen-

táramos en los taburetes del falso bar inglés en la zona de tránsitos del aeropuerto de Pittsburgh, pero yo no presté atención, o me olvidé del nombre nada más oírlo, y ahora me encontraba en la circunstancia absurda de estar recibiendo las confesiones sentimentales o sexuales de un desconocido que me llamaba por mi first name y se comportaba como si fuéramos amigos de toda la vida. As a matter of fact, como dicen aquí, nos habíamos visto por primera vez hacia las once a.m., en un puesto de prensa, o más bien él había visto sobresalir del bolsillo de mi gabardina un ejemplar atrasado de *El País Internacional*, e inmediatamente se había dirigido a mí en español, con la seguridad absoluta, según dijo más tarde, de que éramos compatriotas.

—Tú haz caso de lo que me dice la experiencia, Claudio—yo no me acordaba de su nombre, pero él manejaba ya fluidamente el mío—. Un español reconoce a otro mucho antes de oírlo hablar, nada más que viéndole la pinta. Vas por Nueva York, un ejemplo, por la Quinta Avenida, a la hora de más gentío y más tráfico, ves en un semáforo a una pareja, de espaldas a ti, los dos con camisas y vaqueros, de unos treinta y tantos años, ella con un poco de culo, con zapatillas de deporte muy nuevas, con un jersey fino echado por los hombros, o atado a la cintura, y no sé por qué pero lo sabes, lo puedes jurar: «Esos dos son españoles». Qué le vas a hacer, tenemos esa pinta, ese look, como dicen ahora.

Me disgustó que una persona tan vulgar se concediera tales prerrogativas sobre lo que él llamaba mi pinta. Si alguien así, tan cheap, para decirlo con crudeza, me identificaba tan rápidamente como compatriota suyo, era que tal vez yo compartía, sin darme cuenta, una parte de su vulgaridad, de su ruda franqueza española. También debo añadir que con los años me he acostumbrado a lo que al principio me atosigaba tanto, a las formalidades y reservas de la etiqueta académica norteamericana, y que ya me siento incómodo, o más exactamente, embarrassed, ante cualquier

despliegue excesivo de simpatía, que casi nunca llega sin su contrapartida de mala educación.

Hay otra consideración que no debo eludir: en los viajes soy del todo incapaz de relacionarme con los otros, apenas salgo de casa hacia el aeropuerto o la estación de ferrocarril, es como si me sumergiera en el agua vestido con un traje de buzo, y cualquier amenaza de conversación me incomoda. Pertenezco a lo que los sociólogos llaman aquí, con una metáfora no infortunada, el tipo cocoon. Aunque no esté en mi casa, bien calefactada y forrada de moquetas, por dondequiera que voy me envuelve mi capullo cálido de comfortable privacy. Abro con avaricia cualquiera de los libros o los journals que he escogido para el viaje, o recorro, si tengo mucho trabajo, a algún paper urgente, a mi pequeño ordenador, mi imprescindible lap top, me pongo las gafas de cerca, las que llevan una oportuna cadenita para evitar su pérdida, guardo las otras en su funda y en el bolsillo interior de mi chaqueta, y por lo que a mí respecta, aunque me encuentre en un aeropuerto populoso, igualmente podía estar en mi despacho del departamento, en una de esas tardes de final de semestre en que ya apenas quedan estudiantes y reina en las aulas, en los patios alfombrados de césped y en los corredores, un silencio de verdad claustral.

Cuando aquel hombre me interpeló, señalando el periódico en papel biblia que sobresalía de mi bolsillo, mi primer impulso fue ocultarlo, y el segundo fingir que no comprendía su idioma, pero estaba claro que era demasiado tarde para escabullirse sin indignidad de aquella situación. Muy incómodo, aunque sonriendo, le dije que sí, que era español, y esa coincidencia le hizo calurosamente suponer que habría otras, y que yo también estaría esperando que fuera anunciado el vuelo de United Airlines hacia Miami. Contesté que no, si bien no le dije el vuelo que yo esperaba, pero dio igual, porque él, ajeno a esas barreras invisibles pero terminantes que ciertos silencios levantan en América, me

preguntó cuál era el mío, y yo no tuve en aquel momento la entereza de negarle esa información con una muestra adecuada de reserva anglosaxon. El avión que yo debería haber tomado varias horas antes volaría, si alguna vez amainaba la tormenta de nieve, a Buenos Aires, y fue al pronunciar ese nombre cuando sin yo saberlo estuve perdido del todo. Resultó que mi compatriota conocía esa ciudad, dijo, «como la palma de su mano», palma que ahora decididamente me tendió, más bien volcada hacia abajo, en una especie de dinámica horizontal que anunciaba un apretón de vehemencia temible y del todo innecesaria, según tenían por costumbre hace años los ejecutivos y los jefes de ventas españoles.

Previendo horas de calma y de lectura, yo me había resignado sin dificultad al contratiempo del blizzard, que según los mapas de los meteorólogos y las amenazantes imágenes transmitidas vía satélite borraba bajo una lenta espiral todo el nordeste de los Estados Unidos. Ya nevaba muy fuerte cuando viajé a Pittsburgh, siendo aún noche cerrada, en un tren rápido, confortable y casi vacío desde la estación de Humbert, Pensilvania, que está muy cerca (al menos en términos norteamericanos) del Humbert College, donde yo he venido labrándome en los últimos años una posición decorosa, aunque todavía insegura, como associate professor. Podía haber pedido a un compañero del departamento o a un estudiante que me diera un ride hasta la estación: preferí llevar mi coche y dejarlo en el estacionamiento subterráneo próximo a ella, evitando así la circunstancia siempre algo unpleasant de pedir un favor. (En América hay una frontera muy precisa, pero también invisible para el no iniciado, entre los favores que pueden pedirse y los que no, y un paso inoportuno al otro lado de ella puede traer consigo desagradables consecuencias, un enturbiarse repentino de la superficie tan afable de las cosas, un matiz elusivo en las miradas y las sonrisas, hasta ese momento tan francas, que uno recibía.)

Aún no había aceptado la posibilidad de que el mal tiempo me obligara a cancelar un viaje tan deseado, y de tanta relevancia profesional para mí, en aquellos momentos decisivos, pero tortuosos, de mi carrera académica. Pero esa madrugada, antes de llegar al aeropuerto, los weather forecasts de la radio ya se mostraban, como de costumbre en este país, infalibles. Empezó a nevar, tal como estaba anunciado, a las siete en punto de la mañana. En los primeros tiempos de mi vida en América yo desdeñaba la exactitud de esas predicciones con la típica incredulidad española, lo cual más de una vez estuvo a punto de costarme un disgusto, porque con un temporal de nieve a escala americana no caben frívolas improvisaciones españolas. El asombro y el pavor ante la escala del espacio y el poderío temible de la naturaleza son la primera lección que aprende el europeo recién llegado a un continente tan descomunal.

Ahora estaba seguro de que el blizzard iba a ser de los que hacen época. En el momento del check in me palpataba ligeramente el corazón. Me daba cuenta de que no podría soportar que me anularan el viaje, que mi imaginación no aceptaba la expectativa del regreso a la estación acogedora, pero depresiva, de Humbert, al estacionamiento (qué horror que en España se haya generalizado la palabra «parking»), al olor de la calefacción de mi coche, a los patios vacíos y cubiertos de nieve del Humbert College, a mi casita de Humbert Lane, en la que algunas veces me encierro, el viernes a mediodía, terminada la última clase de la semana, con la certeza absoluta de que no hablaré con nadie hasta el lunes siguiente. Qué ancho se vuelve el tiempo entonces, acogedor y a la vez abismal, tan ligeramente opresivo como la calefacción, como el perfecto aislamiento de las casas contra el frío exterior, contra la oscuridad de esas noches en las que no se ve a nadie en toda la longitud de Humbert Lane. Las únicas huellas de presencia humana son los faros de algún coche que pasa, ni siquiera el ruido del

motor, porque el hermetismo de los cristales y los ajustes de las ventanas lo borra.

La amable chica del desk, sin embargo, me ofreció una sólida esperanza: según las últimas observaciones la tormenta cedería en algún momento de las próximas horas, antes de arreciar de verdad, lo cual iba a permitir el despegue de un cierto número de aviones, entre los cuales, me aseguró la chica con una sonrisa no por profesional menos alentadora, se encontraba sin la menor duda el mío.

Me constaba que en la conferencia de Buenos Aires mi paper sobre el soneto *Blind Pew*, uno, para mi gusto, de los más excelsos de Borges, era esperado no sin cierto suspense. A una indudable satisfacción profesional, mi instinto latino superponía la avidez, sólo a medias reconocida, por encontrarme en una ciudad con calles y aceras en las que la gente caminara, por bares y cafés llenos de ruido de vasos y de conversaciones (aunque también, infortunadamente, de humo de tabaco). Ya imaginaba un tibio otoño austral que resarciera o al menos me consolara del despiadado invierno de Pensilvania, que no sólo había batido todos los récords del siglo en cuanto a su crudeza, sino que también amenazaba con sobrepasarlos en su duración. No soy hombre al que le venga grande la soledad ni que se deje abatir por la monotonía invernal del Humbert College, que otros han encontrado insoportable. Pero aquel spring semester (aunque aquí la palabra spring es sobre todo un involuntario sarcasmo) se me hizo el más largo de mi ya prolongada experiencia en América, así que cuando recibí la carta, con membrete de la Universidad Nacional San Martín, en la que se me confirmaba la invitación a la Conference sobre Borges, no exagero si digo, con oportuno casticismo, que vi el cielo abierto. Rápidamente puse bajo asedio benévolo, aunque insistente, a Morini, el chairman del departamento, hasta conseguir un go ahead, no por oficioso menos significativo para mí: en fechas cercanas se dirimía mi ascenso a la condición soñada de full professor, y cualquier mérito

que pudiera añadir a mi currículum cobraba una importancia, nunca mejor dicho, decisiva.

Morini, que tiene la ventaja de ser latinoamericano, logró con su inveterada destreza administrativa que el departamento me costeara el fare del viaje (del hotel y la estancia se ocupaba la parte bonaerense). Me despidió calurosamente en su despacho, con un afecto que auguraba las mejores perspectivas para mí, pero no se privó de lanzarme una de sus pullas, que a lo largo de los años yo ya me he acostumbrado a no tomarle en consideración:

—Espero que al llegar al Cono Sur no se despierte tu sangre de conquistador español, y te entren ganas de ultimarlo a algunos indios.

Cosas de Morini. Otro descubrimiento del español en América es que ha de cargar resignadamente sobre sus hombros con todo el peso intacto de la Leyenda Negra. Pero lo importante para mí era que iba a leer mi paper en Buenos Aires, y que el apretón de manos, inusualmente warm, con que Morini se despidió de mí podía ser interpretado como un buen augurio para mi porvenir. En Buenos Aires, además, estaría en las fechas de mi visita, por una feliz casualidad, mi amigo y colega Mario Said, al que llevaba sin ver ya varios años, desde que por falta de paciencia o exceso de nostalgia volvió a la Argentina abandonando en Estados Unidos una carrera académica tal vez menos brillante de lo que su talento habría podido augurar.

En la vida los grandes cataclismos de felicidad o de desgracia son mucho menos frecuentes de lo que sugieren las novelas y el cine. Según mi experiencia (tampoco demasiado amplia, me apresuro a matizar), cuentan mucho más en la biografía de cualquiera esos pequeños disappointments que malogran las ocasiones de satisfacción no demasiado espectaculares, pero sí muy modestas, y por lo tanto muy sólidas, que suelen presentársenos a casi todos nosotros. En el aeropuerto de Pittsburgh, cuando me vi más o menos arrastrado por un compatriota inoportuno a tomar un café,

«o algo más», según él dijo, en un sospechoso oak bar donde ya estaban instalados, o apalancados, como se dice ahora en España, dos gordos tristes y ostensiblemente red-neck bebiendo cerveza, me di cuenta de todo lo que había esperado disfrutar de la lectura y de la simple expectativa del viaje en las horas que faltaban para que saliera mi vuelo, y de la desconsideración con que aquel hombre me había arrebatado una parte del tiempo que me pertenecía, y que ya no iba nunca a serme devuelto.

Furioso en secreto, expoliado de unas horas irrepetibles de mi vida, acepté que me invitara a algo, no a una cerveza, desde luego, sino a un prudente milk shake. Moví la cabeza afirmativamente mientras él me hablaba y sonreí mirándolo sin fijeza y sin atenderlo, aunque inclinándome hacia él, de esa manera en que todos sonreímos y decimos que sí con la cabeza en los parties. Así que, aunque acepté su tarjeta y la leí antes de guardarla y oí su nombre cuando me apretó con tanta fuerza la mano, no llegué a enterarme de cómo se llamaba, o me enteré y se me olvidó, o ni siquiera eso, las sílabas del nombre que sonaron en mi oído no llegaron a alcanzar esa zona de la corteza cerebral donde se interpretan (descodifican más bien) las percepciones auditivas. Yo creo que sólo empecé a hacerle algo de caso o me lo tomé más en serio un poco después, cuando se quedó callado frente al ventanal donde arreciaba la ventisca y dijo algo que sin él saberlo sugería una curiosa intertextuality con mi soneto de Borges:

—Pero da igual que yo no vuelva a Buenos Aires, es como si hubiera un tesoro esperándome siempre.